

y de Morelos! ¡Generación homérica á quien fué concedido cerrar para siempre las puertas de un pasado de oprobio y encaminarnos hacia las doradas regiones de la libertad! ¿No será su existencia más que una poética mentira? Sus hechos, sus grandes proezas, ¿no serán creaciones nacidas del mundo risueño de la fábula? La historia de su vida, cuadro imperecedero donde resplandece el númen al lado de la sencillez, y la modestia asociada á los milagros del valor, ¿no será, por ventura, una piadosa leyenda ideada por nuestros mayores, para inclinar-nos á la virtud?

Tal es la duda que autoriza el triste espectáculo de la mengua y degradación de las generaciones posteriores. ¿Dónde están esos hombres cuyo corazón, templado en la fragua del patriotismo, dictaba acciones inmortales? A los gigantes ha sucedido una descendencia bastarda, indigna ya hasta de conservar el sagrado depósito de las glorias de sus padres!

¡Hijos de los insurgentes, alzáoos!... ¡No más molicie, no más desórdenes, no más fango! Jóvenes sois, y no os sientan los afeminados vicios de las sociedades decrepitas. Desechad los harapos de vuestras añejas rencillas; limpiáoos la frente del polvo de las mezquinas ambi-

ciones. Mirad!... el Oriente ha oscurecido, cubierto de tempestades! El nublado se presenta amenazante para invadir nuestro cielo azul! Quizá fulminará contra vuestras ciudades! Llegó la hora terrible para la patria; mas si obráis como vástago de los independientes; si unís vuestros esfuerzos, no temáis, porque resistiréis los rayos como el pórfido de las montañas; la unión os dará la omnipotencia! Mas si permanecéis embriagados con la fiebre de las discordias; si no deponéis el traje muelle de la orgía para revestiros de fortaleza; si no dejáis la existencia del reptil para emprender el vuelo del águila, símbolo de vuestro espíritu primitivo, temed! El coloso que asoma por las regiones donde el sol nace, tomará en su mano de hierro vuestro sér político, y deshaciéndole como un juguete inútil, le arrojará al abismo!

### III.

#### Zancopinca.

Mas, ¿á dónde nos conduce el poderoso torrente de las ideas?

De los recuerdos hemos pasado al campo obscuro de los presentimientos.

Esto es natural á la vista del Oriente, que se nos presenta como una amenaza. El peligro no impone tanto por sí mismo, cuanto por la conciencia de la falta de medios para conjurarle ó hacerle frente. Hé aquí por qué la actitud de México ante los amagos de la guerra extranjera, es una dolorosa expectativa, es el ansia que acongoja la mirada fija en el punto del horizonte, de donde se espera la honra ó la infamia, la vida ó la muerte. ¿Y es posible dormir en la indiferencia?

De ningún modo. Pero mientras Dios resuelve el gran problema que se nos ofrece á la vista, mientras despeja la tremenda incógnita que habrá de fijar para siempre nuestro destino, no nos abandonemos á la inacción. Los hombres que empuñan el timón de la nave del Estado, piensen en los medios más eficaces de salvar el honor nacional, y nosotros volvamos á nuestra historia.

No nos despedamos de Atzacapotzalco sin visitar los dos objetos notables que ilustran sus afueras: Zancopinca y los Ahuehuetes.

Si de la calle que se extiende á espaldas del convento se camina durante un cuarto de hora hacia el Oriente, se llega á un sitio ameno donde yacen las ruinas de un acueducto al lado de una alberca de agua dulce y potable. Todas las apa-

riencias inducen á creer que el acueducto sirvió para surtir á Tlaltelolco, hoy barrio y en otro tiempo ciudad anexa á Tenochtitlán.

En la alberca, como en un palacio cristalino, habita la Malintzin: la Malintzin, la ninfa de Anáhuac, náyade aquí, nereida allá, que aparece á la mitad del día en una de las albercas de Chapultepec, y que se ve personificada en una montaña que se asienta á pocas leguas de Puebla, y tiene su nombre.

Pero si su aparición en Chapultepec no acarrea ningún resultado funesto, no sucede otro tanto en Zancopinca, donde el desdichado que llega á ver á la ninfa queda al punto herido de amores, y avasallado por sus hechizos, tiene que seguirla á su líquida morada, de la cual jamás vuelve á salir, sino muerto.

Dotada de una hermosura divina, no es extraño que ejerza tan mágica influencia; pero tiene, además, otra arma poderosa, y es una voz de sirena. ¡Oh, cuán arriesgado es pasear por los sitios vecinos á la alberca, muy de mañana, ó durante las primeras horas de la noche! El sol acaba de ponerse: el perfil de la cima de los montes se dibuja en una cortina de ópalo; hacia el meridiano, se ven agrupadas algunas nubes de color de perla, y por el Oriente asoma ya la noche,

cubierta de un velo melancólico, como una virgen que separada eternamente del objeto de su cariño, le sigue, sin poder alcanzarle.

Estos son los momentos en que se deja oír el canto suavísimo de la bella habitadora de Zancopinca. Sus melodías nacen de una región misteriosa, y se propagan por la llanura, como los acentos de una antigua pasión sin consuelo, acentos tristes y sentidos como el dolor; puros, etéreos, inefables como la inocencia sin ventura, como los trinos que suspira de noche un ave en el corazón de las selvas.

Quien ha comenzado á deleitarse en este canto, si aún no quiere desaparecer de entre los vivos, huya lo más pronto que sea dable. De lo contrario, habrá de apoderarse de sus miembros una dulce languidez, y cediendo á un imán irresistible, se verá conducido sin saber cómo ni por quién, hasta precipitarse en la alberca.

El anciano indio de Atzcapotzalco, de quien aprenderéis esta conseja, os dirá también muy al oído, y con la mayor formalidad, que el tesoro de Cuauhtemotzín, yace sin menoscabo alguno, en las profundidades de Zancopinca.

IV

Los Ahuehuetes.

Emprendiendo el paseo por el rumbo opuesto, esto es, por el Occidente, se entra, pasada la plaza, en una calle un si es no es tortuosa y limitada de uno y otro lado por hileras de arbustos. Á su extremo se alza un objeto en que desde luego se pára la atención, y de donde no se apartan fácilmente las miradas, una vez descubierto.—Es un árbol: no, son varios; es un grupo sombrío de vegetales gigantescos!

Tales son los ahuehuetes.

Señoreando la llanura en magestuoso aislamiento, aparecen desde lejos como un solo individuo, como el magnífico coloso de su misma especie, que forma el orgullo de Atlixco.

Cuanto más avanzáis, adquiere su figura mayores dimensiones: ensánchase la calle, y en medio de una placeta, en parte alfombrada de césped, arraiga el corpulento grupo, compuesto de unos cinco árboles, cuyas ramas, eternamente vestidas de follaje, se entrelazan, estrechan y adunan, como si fueran los brazos de algunos seres amigos que se prestan recíproco auxilio.

Contempláis unos instantes aquella copa sombría, imponente, y pasando por entre los robustos troncos, os halláis con admiración bajo una cúpula de verdura.

Descansad sobre el asiento natural que os brinda la cepa de uno de los ahuehuetes, y contemplemos á todo nuestro sabor esta maravilla del reino vegetal.

Si habéis emprendido la vista en un día de primavera ó de verano, gozaréis aún más que en otra estación, á causa de la muchedumbre prodigiosa de pajarillos que frecuentan las ramas saltando de una en otra, persiguiéndose y cantando de amor, de ternura, de alegría y de felicidad. Todos sus trinos, todos sus gorgeos, todas sus modulaciones, combinándose entre sí al acaso y sin arte, forman un conjunto inexplicable en la lengua del hombre, una consonancia, una armonía inimitable en el idioma de los sonidos. El alma se extasía al escuchar ese concierto halagiieño en que bebe la calma y el contento consigo misma; y nunca como entonces, está en mejor disposición de comprender el sentimiento que dictó á Luis de León estos versos:

“Despiértente las aves  
Con su cantar sabroso no aprendido;  
No los cuidados graves

De que es siempre seguido  
El que al ajeno arbitrio está atenido.”

En una palabra, aquella reunión de voces tiernas, infantiles, juguetonas y placenteras, parece una conversación sostenida de los árboles con el cielo.

Pero si los visitáis en invierno, otra será la impresión que han de producir en vuestro ánimo. Subsiste el mismo lujo de follaje, pues que el ahuehuate pertenece á esa generosa especie de árboles que no sueltan las antiguas hojas, sino cuando ya se engalanaron con otras nuevas, pero los huéspedes risueños que antes los alegraban, los seres verdaderamente libres que no siembran ni siegan para alimentarse, y que no reconocen más ley que la voluntad del cielo, ya no habitan entre el ramaje, que está solo y triste, como un palacio deshabitado. La brisa helada del Norte, el aliento del invierno, atravesando suavemente entre las sutiles hojas, ocupa el lugar de las aves de primavera, y conmueve las ramas con voluptuoso vaivén, produciendo un rumor desigual, vago, como un suspiro exhalado del seno de los árboles.

Esta música apacible, armonía delicada, quejosa, amante, divina, desciende á vuestra alma como un rocío perfumado, como la memoria del primer amor, como

la poesía de los antiguos tiempos. Abismada la mente en el Océano de la historia, recuerda y medita ; ; de cuántos acontecimientos no habrán sido testigos estos árboles! ¡Los primeros señores de Atzacapotzalco vinieron tal vez á solazarse bajo su copa, y les confiaron sus proyectos de ambición y sus ensueños de amor y de gloria!

Quizá mientras saboreáis estas ideas, acierta á pasar no lejos de vuestro asiento, algún pastor que conduce lentamente su rebaño á pacer el rastrojo en los vecinos campos. Ya tenéis un compañero. Es un joven tímido, pero vos le alentáis dirigiéndole la palabra:

—¡Amigo! ¿me dirás quién plantó estos árboles?

—¡Ah, señor! ¿quién sabe!

—Pero, ¿cuántos años tendrán, poco más ó menos?

—Ya son muy viejos: desde que mi señor padre era como yo, los ahuehuetes ya estaban así de grandes y copados; sólo que.... los señores más viejos de mi pueblo, dicen que estaban encantados.

—¡Cómo así! Díme, ¿cómo es eso?

—Aquí cerca había un venero de agua dulce. Y la agua nacía, pero se quedaba represa junto á las raíces de los ahuehuetes. Y ninguno quería venir á beberla, aunque tuviera mucha sed. Y se sentía

mucha sed pasando por aquí; pero, ¡pobre del que bebía la agua, porque ya no se volvía á saber de él. Y cuando algún caminante se atrasaba y no lo volvían á ver sus compañeros, luego decían: ¡éste bebió del agua de los ahuehuetes! Y esto era, porque estaban encantados.

—¿Y desde cuándo ya no lo están? ¿Cómo desapareció el manantial?

—Yo se lo diré á su merced, señor amo. Un día salió de la iglesia grande una procesión, y se fué viniendo para acá; traían á la Virgen en unas andas, con muchas flores. Y todos decían: ¿á dónde irá esa procesión? Y los padres del convento (porque entonces, dicen, que había muchos padres) venían cantando por el camino. Y luego que llegaron al venero, pusieron á la Virgen en un altar, con sus velas, y un padre empezó á predicar. Y dijo que aquí estaba el enemigo malo; pero que echando tierra sobre el agua, se iría. Y todos se pusieron á echar tierra y piedras sobre el agua, hasta que quedó el suelo como ahora está.

—¿Y se acabó el encanto?

—Sí, señor amo. Y luego hicieron una capilla de tablas debajo de los árboles, con su altar, para la Virgen. Y desde entonces, los ahuehuetes quedaron desencantados para siempre.

—Pero, ¿cuánto tiempo duró esa capilla?

—¡Quién sabe! Dicen que se cayó de puro vieja. Y entonces se llevaron á la Virgen á la iglesia. Pero si su merced pone el oído contra la tierra, todavía oirá el ruido del agua, que pasa por debajo.

Tal es la antigualla con que os divertirá el pastor.

En seguida, pasando la mirada en torno, observaréis con agrado una vasta llanura, sembrada por todas partes de primores: ora es una hacienda que blanquea medio velada por los sauces, ora un campo de trigo ó cebada, donde juega la luz como en un tapiz de terciopelo, ora, en fin, un barrio aislado con su capilla, que sobresale de entre las cabañas, como un ánsar en medio de sus polluelos.

Atzacpotzalco y el convento llamarán también vuestra atención, en medio de una tierra favorecida por tantas bellezas naturales.... ¡Que transformación! Atzacpotzalco es ahora el convento; el convento que se desmorona bajo la planta de los siglos! ¡Y esto es todo lo que queda de la monarquía tecpaneca y de los Reyes antiguos que impusieron su cetro de hierro á los pueblos del valle! ¿Será que en ese lugar se alzó erguido el alcázar del tirano que tuvo usurpados los dominios de Netzahualcóyotl? El David ame-

ricano hubo de apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Errante por los montes; perseguido en todas partes por los satélites del régulo ambicioso; armado de su excelsa filosofía y dotado de un alma tierna y generosa, supo ser grande, sublime. Dióle el cielo una voz divina, y en dulcísimos cantos inmortalizó sus pesares: por esto su memoria ha cruzado el nebuloso desierto del olvido, y se nos presenta radiante y llena de armonía, mientras el nombre de sus contrarios asoma apenas entre el polvo de las generaciones. En la tierra, sólo al númen corresponde la inmortalidad.

Pero quizá el lector se cansa ya de pasear por los alrededores de México con tan triste compañía, y justo es volver á la ciudad, donde nos esperan otros monasterios más interesantes por sí mismos, ya se atienda á su belleza material, ó ya á las memorias imperecederas que atesoran.